

¡No entiendo a los *editors* (y ellos no me entienden a mí)!*

FILIPPO LA PORTA

(Traducción de Fabrizio Cossalter)



The Mighty Fight betwixt Little John and the Cook, Howard Pyle

Confieso que a menudo he odiado a los *editors* de narrativa de las editoriales. Me exasperan, me irritan, no los entiendo (y ellos no me entienden a mí); no entiendo sus juicios, no entiendo la lógica de sus elecciones y, sobre todo, no me permiten discutirlos. Nunca se exponen. Autorizados y huidizos, influyentes y sumergidos, poderosos e invisibles, ellos son uno de los poderes fuertes, los titiriteros ocultos de la cultura. Encarnan la verdadera crítica “militante”, aunque clandestina, en nuestro país: sus juicios de valor tienen una relevancia decisiva, pero están protegidos por un telón de silencio, por una especie de fuero parlamentario. Trataré ahora de articular las razones de este odio, que surge, evidentemente, de la envidia reprimida, dado que ellos inciden sobre los destinos concretos de los libros mucho más que las reseñas de los críticos profesionales.

Empecemos por este último punto. Las reseñas influyen cada vez menos en la venta de los libros (en la red no he encontrado datos fehacientes al respecto, pero dudo de que su influencia supere cinco por ciento). Y eso también forma parte de la gran revolución planetaria en contra de los “mediadores”, en contra de los expertos y los profesionales (de la política, de la cultura, de la ciencia...). Las personas quieren decidir por sí solas y prescinden de buena gana de los expertos (de los que desconfían). Incluso cuando van al médico, antes han estudiado en la red sus síntomas, ¡y creen saber más que el propio experto! Ya no reconocen la autoridad de nadie. Y, sin embargo, en Italia hay una crítica literaria muy incisiva, aunque actúe secreta y silenciosamente: es la crítica “práctica” de los *editors* de narrativa de las editoriales, que deciden sobre las novelas que leeremos y, más bien,

las reescriben, reprobando capítulos, eliminando a los personajes considerados menos logrados, cambiando el desenlace.

Sería difícil subestimar el papel desempeñado en las últimas dos décadas por Alberto Rollo en Feltrinelli (hoy en Baldini & Castoldi), por Antonio Franchini y Giulia Ichino en Mondadori (hoy en Giunti), por Michele Rossi en Rizzoli, por Dalia Oggero y Paola Gallo en Einaudi, por Nicola Lagioia en Minimum Fax (antes de su nombramiento como director del Salón del Libro de Turín), por Chiara Valerio en Nottetempo (antes de su nombramiento como directora del Salón del Libro de Milán), por Mario Desiati en Fandango (antes de que cerrara la editorial), por Vincenzo Ostuni en Ponte alle Grazie, por Matteo Codignola en Adelphi... ¿Qué legitima su enorme poder (contribuyen a formar el gusto literario de los italianos)?

En general, los escritores son cooptados por el editor sobre la base de los méritos demostrados en el campo. Su profesionalidad consiste en una dosificación de varias disposiciones y/o vocaciones: sentido de oportunidad, gusto personal, olfato para el mercado, imaginación sociológica (del público o de los públicos a los que dirigirse) y, finalmente, grado de adhesión al proyecto del propio editor. Sus elecciones a veces me resultan misteriosas, incomprensibles (y querría discutirlos con ellos, pero es imposible). A veces, o más bien casi siempre, han rechazado las novelas que les he propuesto y que me parecían excelentes, mientras que han publicado de inmediato las novelas que había propuesto blandamente, sin particular entusiasmo. Por ejemplo, precisamente Ostuni, uno de los mejores y de los más valientes, una vez rechazó una novela que yo consideraba (y



Filippo La Porta. Fotografía: cortesía de Fabrizio Cossalter

considero) extraordinaria, incluso después del juicio entusiasta de un lector de confianza, por la razón de que era demasiado difícil de proponer.

Me gustaría que las motivaciones de un *editor*, su visión de la cultura y de la sociedad, su idea de narrativa y de calidad, etcétera, se situaran menos en ese espacio casi esotérico, sustraído a cualquier confrontación, a veces contiguo al *gossip* (con la excepción de algunos libros escritos por los *editors* mismos, por ejemplo, el balance de Marco Cassini). Ya he tenido la oportunidad de notar que el contradictorio caso del gran Niccolò Gallo (véase *Storia di un editor / Niccolò Gallo*, de Gian Carlo Ferretti, Milán, Il Saggiatore-Fondazione Arnoldo e Alberto Mondadori, 2015) demuestra cómo a menudo el *editor* peca de exceso de celo hacia su editor. Gallo, crítico de extrema agudeza intelectual, se había vuelto un inagotable promotor editorial (incluso más allá de sus deberes contractuales) y un hábil tejedor de alianzas para ganar premios. Su excesiva necesidad de aprobación desde arriba, por parte del “patrón” (por citar a Goffredo Parise) —una “aceptación acrítica, compromisoria y a veces subalterna de su papel” (Ferretti)—, se impone a trechos sobre el orgullo intelectual y genera la continua tentación de fuga. El *editor* es más realista

que el rey, casi para ocultar cierto malestar, y de vez en cuando, con el hiperactivismo promocional, “traiciona” su propia inteligencia (pienso en los pobres *editors* de narrativa, obligados a llamar a cada uno de los jurados del Premio Strega, fingiendo creer que una llamada telefónica puede de verdad condicionar su voto). El de Gallo sigue siendo un enigma existencial e intelectual, y desde luego sugiere la idea de un conflicto trágico entre las dos ánimas del *editor*: es arduo, en efecto, conciliar atención a la calidad y *marketing*, juicios desinteresados y juicios instrumentales, libertad intelectual y obediencia a estrategias pensadas por otros.

En suma, queridos *editors*, todavía un esfuerzo: les pido que salgan al descubierto, que intenten explicar en público las razones de sus estrategias, que nos digan bien (más allá de los correos formales enviados a los autores) por qué escogen una novela en lugar de otra, que manifiesten sus criterios de juicio y su idea de literatura, ¡si es que la tienen! ●

* Publicado en *Il Maradagàl / Pensiero Lettere Arti*, año I, núm. 1, Marco Saja Edizioni, Milán, septiembre de 2017.